

GLOBALIZACIÓN CAPITALISMO Y MODERNIZACIÓN

Pedro Vicente Castro Guillen

Resumen

El presente artículo tiene como finalidad el análisis de la naturaleza de los cambios de la sociedad capitalista, iniciados a partir de los setenta, teniendo como hipótesis central que estamos frente a los cambios de una sociedad capitalista que la modifica radicalmente, pero que no representa una superación del capitalismo, como lo ha planteado abiertamente la ideología globalizadora, expresando que estamos frente a una sociedad totalmente distinta al capitalismo apoyada en los avances mundiales del libre mercado y de la democracia. Las sociedades de fines del siglo XX comportan una serie de cambios rápidos y asombrosos a nivel de la tecnología, lo que ha sido calificado como una revolución tecnológica de cuarta generación, así como rupturas significativas causadas por la crisis del capitalismo de postguerra, lo que sirve de fundamento a la crisis del liberalismo. Estos cambios implican para todos los países, afrontar los retos de la nueva modernización, buscar estilos alternativos de modernización que hagan posible restablecer los equilibrios sociopolíticos perdidos. Para los países en desarrollo esto significa además recuperar la senda de la evolución económica a través de un ejercicio autónomo de una política reformista que supere más de tres décadas de políticas fondomonetaristas, que han conducido concretamente a América Latina, a ser la región donde se manifiestan extremos procesos de pobreza y exclusión social.

El actual proceso de transformación que vive la sociedad global ha vuelto a traer al debate el viejo problema de las formas y alternativas de abordar la modernización que en la modernidad tiene el sentido del cambio social permanente. Esta actualización del cambio a partir de los años setenta se produce por el doble movimiento de la revolución tecnológica y la crisis sistémica que aqueja al capitalismo de la segunda postguerra, y que no ha conseguido un modelo de estabilización y desarrollo a largo plazo. Esto tiene que ver no sólo con problemas de las nuevas relaciones de producción en la era de la información y el surgimiento de lo que Manuel Castells denomina la *Sociedad Red o informacional*, sino con la crisis del liberalismo, como programa ideopolítico que permitió la sostenibilidad del régimen capitalista desde 1848 hasta 1968, y la aparición de la globalización como forma de control hegemónico de la sociedad global. El problema que queremos abordar en este artículo es el núcleo problemático de carácter real y teórico de estar frente a una radicalización del capitalismo como sistema social y político, a través del regreso de la creencia y práctica (teoría y práctica) en la posibilidad radical de una sociedad regulada

única y exclusivamente por el mecanismo económico del libre mercado. Lo que trae aparejado también un nuevo brote de radicalismo con respecto a su contrario, el estatismo regulador extremo como un principio de organización social. Ambos movimientos no son otra cosa que la actualización agudizada por la crisis del liberalismo de la vieja contradicción dialéctica del sistema capitalista entre regulación y libre mercado. Por debajo y como fundamento de esta pugna ideológica, en medio de la crisis de las ideologías, existe una transformación del capitalismo una actualización de la modernidad y de sus formas de modernización, en cuanto a estilos alternativos, de lo cual nos ocupamos como un aspecto fundamental.

1.- Capitalismo, cambio radical y crisis de las ideologías

Con el nacimiento de la sociedad industrial, nació una nueva *Weltanschauung*, o visión del mundo, que respondía a los imperativos históricos de la modernidad, cuyos elementos más importantes estaban constituidos por una fe inquebrantable en el progreso, fundamentado en el desarrollo de la ciencia y la tecnología, que conduciría eventualmente a la solución de todos los problemas de la humanidad. Esta *Weltanschauung* asumió la forma de la aceptación del cambio permanente, **la normalización del cambio**, como naturaleza de la modernidad.

Las ideologías que surgen con el sistema industrial son precisamente en respuestas a esta nueva cosmo visión y son estos los programas políticos, utilizados para conducirse en la nueva situación, los que expresan las necesidades del cambio social. Es por ello que las tres ideologías de la era moderna, son básicamente un posición frente al cambio: Los conservadores propugnaban la limitación de los cambios, acortando sus efectos sociales sobre el orden tradicional: la monarquía y la aristocracia, la iglesia y la familia; el liberalismo representaba el cambio inevitable, impulsado de manera racional por los

sectores ilustrados, en forma de un reformismo consciente, continuo, inteligente, con la convicción de que ello traería la felicidad creciente, envolviendo a un cada vez mayor número de personas. El socialismo, tenía como postulado el aceleramiento deliberado del cambio, la revolución más que la reforma en el corazón de su programa político.

Estas ideologías del cambio y para el cambio, tendrán que enfrentar la contradicción histórica más importante del capitalismo, como lo es: regulación *versus* libre mercado, y que ha determinado el curso y sentido del cambio en cada etapa del capitalismo hasta la actualidad. Así como también resolver el problema representado por la entrada irreversible de las masas en la escena política. También tendrían que darle respuesta al problema de la creación de un sistema de naciones y la irrupción del nacionalismo y el imperialismo, característico de la nueva economía-mundo capitalista.

Sin entrar en las vicisitudes históricas de estas tres ideologías conservadurismo, liberalismo y socialismo, hoy resulta claro, como apunta Wallerstein, que la ideología dominante de la modernidad ha sido el liberalismo (Wallerstein, 1996: 90-91), constituyendo las otras avatares del liberalismo. Con lo cual podemos plantear que la comprensión histórica del liberalismo sería imposible sin tomar en cuenta las relaciones históricas tanto de confrontación como de amalgamamiento con las restantes ideologías del sistema (porque en sus desarrollos convergieron a su centro: liberal). Esto nos permite hacer el siguiente planteamiento; el programa político dominante en cuanto absorbió a los demás fue el del liberalismo realmente existente.

El programa político del liberalismo puede ser resumido en tres puntos fundamentales: el Sufragio Universal como forma de neutralizar los efectos políticos y potencialmente peligrosos de la acción radical de las masas en la escena política; el Estado de Bienestar, como una forma de legitimar la apropiación privada de la plusvalía por la

clase dominante a partir de un reparto limitado y restringido de los beneficios económicos; y la Identidad Nacional, como una forma de manejar la inserción de las masas en los nuevos Estados nacionales y la irrupción de nacionalismo, que fue central en el manejo del sistema mundial.

Estos tres puntos tendrían también una contrapartida para el Tercer Mundo, con el fin de hacer manejable las aspiraciones de las nuevas naciones en el escenario mundial, ellos son: la autodeterminación de los pueblos, que encarnaría la aspiración de libertad e igualdad de las nuevas naciones emergentes; la promesa del desarrollo, con lo cual se postula que todas las naciones pueden aspirar a la superación de la economía, en este sentido, naciones desarrolladas marcan el camino a las naciones menos evolucionadas económicamente (quizá quien más contribuyó a esta versión fue el propio marxismo), el desarrollo constituiría la versión del Estado de bienestar para las naciones periféricas; y por último la Identidad Nacional. Estos tres puntos al igual que los anteriores tendrían como finalidad evitar el surgimiento desordenado de aspiraciones sin control por parte de brotes nacionalistas autónomos que pudieran poner en jaque el control de los países centrales sobre la periferia del sistema.

El liberalismo y su programa político domino la sociedad moderna desde 1789 hasta finales de los años sesenta, cuando se iniciarían una serie de procesos que vendrían a cuestionar la legitimidad de esta forma de dominación ideopolítica, económica y cultural. Entraríamos en nueva etapa de la crisis del liberalismo, que tendría una característica inédita constituida por el hecho de que por primera vez se pondría en evidencia su condición hegemónica y el carácter subordinado o esencialmente liberal de las llamadas ideologías antisistema, entrando entonces en la época del “fin de las ideologías”, y del “fin de la historia”, como expresión de la crisis de la ideología liberal.

Los componentes de este cuadro que resume la crisis de la ideología liberal, estaría compuesto por: una crisis económica iniciada a finales de la década del sesenta en los países desarrollados la que se convertiría en crisis económica mundial en los años setenta y pondría punto final a la larga fase de prosperidad y expansión de la segunda postguerra, con la consecuente crisis del Estado de bienestar; los acontecimientos del mayo francés en 1968 con sus repercusiones mundiales, como ha señalado Wallerstein, representó el desenmascaramiento del liberalismo y su esencia opresiva:

“¿Cuál fue la nota de realismo introducida por 1968? Fue precisamente el tema que estamos tratando aquí: que durante más de un siglo la historia del sistema mundial había sido la historia del triunfo de la ideología liberal y que los movimientos antisistémicos de la izquierda histórica habían pasado a ser lo que yo llamo “liberal-socialista”. Los revolucionarios de 1968 presentaron el desafío intelectual serio al modelo trimodal de ideologías –conservadora, liberal y socialista- al insistir en que lo que se predicaba era solamente el liberalismo, y en que era el liberalismo lo que constituía el ‘problema’...La revolución mundial de 1968 desorganizó el consenso ideológico, y los veinte años siguientes presenciaron el desmoronamiento de la credibilidad del liberalismo...En términos de mentalidades, hemos entrado en una nueva era. Por un lado hay un llamado apasionado a la democracia. Ese llamado, sin embargo, no es la realización del liberalismo sino su rechazo. Es una afirmación de que el actual sistema mundial no es democrático porque el bienestar económico no es compartido por todos por igual, porque el poder político no es realmente compartido por todos por igual. Lo que está llegando a ser visto como normal ahora no es el cambio progresivo sino la desintegración social. Y cuando hay desintegración social la gente busca protección.” (Wallerstein, 1996: 107-109)

Y son estos acontecimientos combinados de crisis económica y la revolución de 1968, lo que va a configurar el proceso de caída de los socialismos reales, con lo cual el capitalismo histórico perdería su última hoja de parra. Porque la caída del comunismo más que el triunfo del capitalismo y del liberalismo, representa el agudizamiento de su crisis, como bien lo señala Fernando Mires:

“Los Estados comunistas disponían en efecto de un enorme poder de compra en los mercados internacionales, y hacia el interior de sus países ofrecían la posibilidad de realizar inversiones a largo plazo, sin el peligro de inversiones de conmociones financieras e inestabilidades monetarias; por si fuera poco contaba con una ‘clase obrera’ obediente y disciplinada, con una aceptable formación tecnológica y que nunca (salvo en Polonia) hacía huelgas. Desde esa perspectiva, el fin del comunismo debería ser considerado una derrota y no como una victoria del capitalismo. Al mismo tiempo, lógicamente habría que concluir en que en la globalización económica ha dado un paso atrás en lugar de avanzar, pues el llamado mercado mundial abarcaba, durante el período bipolar, un espectro social mucho mayor que el ocupa hoy día ¡Que ironías se guarda la historia!” (Mires, 1999: 174)

El desarrollo de la revolución tecnológica en los años setenta, es un nuevo e importante acontecimiento que se suma a los procesos anteriormente descritos, y conforman los condicionantes básicos que comenzarían a configurar un nuevo tipo de sociedad en donde como bien plantea Manuel Castells, se está forjando por la irrupción de nuevas tecnologías y nuevas formas de saber, que están revolucionando no sólo las relaciones de producción sino también las formas de relacionamiento humano y social, la producción de nuevas subjetividades, que se perfilan como dominante en la sociedad emergente, y que nuestro autor denomina la sociedad informacional (Castells, 2000).

Y es precisamente el surgimiento de este nuevo estilo de modernización simbolizado por la sociedad de la información el que pugna por imponerse históricamente, en una lucha dialéctica con la sociedad anterior; lo que constituye el fondo de la crisis del liberalismo, que no puede dar respuestas políticas o estabilizar la economía en la nueva sociedad. Con lo cual se vuelven a actualizar la discusión sobre las formas de modernización en la modernidad. En el período histórico anterior se trataba de la confrontación permanente entre regulación de los mercados y libre mercado. Ahora el reto está entre las formas de regulación de la nueva sociedad red, entre aprovechar y aceptar el reto de las posibilidades cooperativas y el impulso de nuevas formas democráticas, que se pudieran explorar en la nueva sociedad informacional o la aceptación del mundo competitivo, excluyente y escindido propuesto por la visión globalizadora.

2.- Falsos dilemas

El mundo en las últimas décadas del siglo XX, se ha visto ahogado en una serie de falsos dilemas, puesto que ha tenido que escoger entre falsas alternativas. Entre opciones ideológicas, con lo cual las verdaderas transformaciones resultan desfiguradas por la visión interesada de los grupos o sectores sociales que las propugnan. Velos ideológicos que por

lo demás constituyen caras de una misma moneda, que su éxito y condición hegemónica se deben más a la actividad de su contrario que las virtudes que por si misma exhiben las ideas y las prácticas puestas en acción. Es el caso de la globalización y de su contrario el estatismo, son como el rostro de *Jano*. La dominación de una no se puede explicar sin la presencia de la otra. La globalización como la ideología de los sectores más transnacionalizados de la economía y del capital financiero internacional con su epicentro en los Estados Unidos, ha impuesto la visión de que el mundo sólo puede sobrevivir a los nuevos cambios en un ambiente de plena libertad de mercado y con la destrucción de cualquier tipo de regulación estatal, disolución de las naciones y homogeneidad cultural mundial. Mientras que, el estatismo impone la visión de que sólo la regulación y control del Estado garantizan la estabilidad social y el desarrollo, generando una atmósfera de sospecha y por tanto de rechazo a los cambios, percibiéndolos sólo como amenazas. Ambos responden a sectores de poder que no les importa realmente el destino real de los actores sociales que están fuera de su visión, pero, que sin embargo, dicen ser sus representantes o que actúan en su defensa; que desprecian la acción política o donde ella se convierte en abierta manipulación de la sociedad, de los actores y sectores sociales por el control del poder; y donde se deviene con toda facilidad en actitudes antidemocráticas o en el mejor de los casos en un entendimiento restringido de la democracia.

Las transformaciones que se vienen produciendo desde los setenta son reales y contundentes, con las mutaciones de la producción por efecto de la revolución de la tecnología que ha puesto en jaque el modelo de producción industrial, por nuevas realineaciones en la división técnica, social e internacional del trabajo, por el énfasis en la producción de bienes y servicios exportables, hasta por el diseño de nuevos bienes y servicios, que tienen un gran impacto cultural, así como por la construcción de mecanismos

como la red mundial de Internet, que sin ser el resultado del comercio, o un producto (en principio) cultural; sin duda impacta revolucionariamente ambas esferas, por sus efectos en la comunicación y nuevas relaciones interpersonales a través del espacio virtual. Esto sin duda, ha tenido efectos sociopolíticos muy importantes que han afectado los fundamentos mismos del Estado de Bienestar, así como la estructura y clases de la sociedad industrial tradicional; aunque con el capitalismo la estructura social ha estado en permanente cambio, no cabe duda que las transformaciones finiseculares nos ofrecen un registro sino inédito, si bastante novedoso y complejo.

Sin embargo, estamos de acuerdo con Will Hutton, quien en un dialogo con Anthony Giddens, concluye que por muy significativos que hayan sido los cambios, la sociedad actual que se transforma no es como plantea Fukuyama, en El fin de la historia y el último hombre, una sociedad distinta y nueva, la sociedad de la *posthistorie* o “fin de la historia”; sino que estamos en un nuevo **giro del capitalismo**, que impone de nuevo su lógica: la ganancia como fuerza impulsora, y la acumulación del capital como dinámica principal del sistema; lo cual deja con plena vigencia sus contradicciones fundamentales: entre regulación y *laissez faire*, y entre una producción económicamente socializada y una manera de apropiación y uso de la plusvalía que sigue siendo privada. Hutton nos lo aclara de la siguiente manera:

“Pero los bienes manufacturados se van haciendo más inteligentes desde la revolución industrial, y los límites entre la fabricación y los servicios, por consiguiente, son cada vez más borrosos. ¿Y qué? En otras épocas ha habido grandes invenciones como la digitalización –el motor de gasolina, el tubo catódico, la penicilina, etcétera- que han tenido el poder de transformar la economía y aun así, ésta seguían siendo claramente capitalista. Y, si bien reconozco que la fuerza de la ‘inteligencia’ ha producido cambios en áreas de la economía, me resisto a afirmar que el nuevo paradigma económico de la intangibilidad y el conocimiento haya transformado el juego capitalista. En realidad, esa falta de peso forma parte del proceso capitalista desde su mismo comienzo.” (Giddens y Hutton, 2000, 43-44)

También, en esta cita Hutton, apunta un elemento muy importante, que recuerda que el cambio social es la característica más importante de la modernidad y del capitalismo desde sus inicios; y que, lo que se constituye como el elemento diferenciador de este momento con respecto al anterior, **es la aceleración del tiempo en la sociedad de la información y del conocimiento**, como también sucedió en la última década del siglo XIX o en la segunda postguerra.

Es por ello que compartimos la concepción con Alain Touraine, que no se trata del cambio del sistema económico o el fin del Estado nacional, sino que lo que se convierte en una evidente amenaza son **los cambios en los modos de modernización**, por sus efectos en el crecimiento del desempleo, el aumento de las desigualdades, la pobreza, la exclusión social; así como la repercusión de lo anterior sobre un sentido puramente formal de la democracia. En sus palabras:

“De inmediato añadido, a riesgo de querer parecer original, que el capitalismo y el socialismo son formas de modernización antes que tipos de sociedad... Hemos pasado de una forma de socialismo a una forma de capitalismo, que el mercado ha reemplazado al Estado como la principal fuerza reguladora de nuestra sociedad (el subrayado es nuestro)...El capitalismo significa que la sociedad se ve dominada por la economía. De ahí el peligro que subyace a la actual destrucción del antiguo modo de gestión económica: esta resulta al mismo tiempo indispensable y peligrosa, pues el reto actual es el de pasar de un tipo de control social de la economía a otro, sin perderse en la ilusoria imagen de una economía liberada de todo control social, imagen que conduce al incremento de las desigualdades y de cuantas formas de marginación y exclusión sean posible.” (Touraine, 1999: 19-20)

Y este cambio de registro en la modernización es lo importante a resaltar, porque encuentra su sentido en la crisis de la economía capitalista de postguerra y en la crisis sociopolítica que la acompaña, con el fracaso del estado de bienestar en el primer mundo, el fracaso de la gestión despótica del poder del llamado Estado socialista en el segundo mundo y el fracaso del Estado desarrollista en el Tercer Mundo; acelerado por las nuevas tecnologías, las rebeliones sociales del tipo del mayo francés de 1968, fundamentalismo religioso y nacionalista, sublevaciones en la periferia y la crisis cultural representada por la

postmodernidad. Lo cual ha venido macerando una crítica implacable de derecha e izquierda sobre el sistema.

Pero esta crítica bajo el dominio de lo que Touraine llama pensamiento único y contrapensamiento único: globalización vs. estatismo; tiende a dejar de lado lo esencial, que si bien existe una insatisfacción con el desempeño del Estado, así como un temor a las fuerzas ciegas del capitalismo, ello no puede significar el dilema absurdo entre libre mercado o el regreso a formas primitivas de estatismo.

“La economía consiste en un sistema de medios que se han de poner al servicio de determinados fines políticos. Existe una inmensa distancia entre decir: ‘es necesario liberar la economía de la ruinosa intervención del Estado y de los modos de gestión social ahora demostrados ineficaces’, y decir ‘Es necesario que los mercados se regulen por sí mismos, sin la menor intervención exterior’”. (Touraine, 1999: 20)

La crisis de las formas de modernización encarnadas en el Estado de bienestar o del desarrollismo, radica básicamente y paradójicamente en el retroceso frente a los problemas de paro, seguridad social, pobreza, exclusión social, así como en la gestión del poder político, a los que el capitalismo de postguerra había encontrado soluciones en forma de regulación del Estado de la economía y la ampliación de derechos económicos y sociales, que respondían además tanto en los Estados centrales como en el resto del mundo a grandes concepciones del desarrollo integral de la Nación y del Estado. Y esto, por un lado, como resultado del propio éxito del capitalismo en la recuperación tras la destrucción de la segunda postguerra, como por el agotamiento del ciclo de auge que se iniciara desde 1945-48.

Tenemos entonces una reedición *mutatis mutandi* del capitalismo desregulado decimonónico, con su tendencia a la desigualdad y la explotación desembozada de la fuerza laboral, así como de las naciones menos favorecidas, que en las actuales condiciones tecnológicas genera fenómenos nuevos y terribles como el de la exclusión social o

desfuncionalización de una parte importante de la fuerza de trabajo en todo el planeta (sobre todo aquella parte de la fuerza laboral de baja calificación), generando situaciones de extrema pobreza, con la consecuencia de que de nuevo estamos viviendo tensiones extremas a nivel sociopolítico de diversas índole: afloramiento de brotes de ultraderecha política y nacionalista en el primer mundo , y fundamentalismo religioso y nacionalismo en el segundo y tercer mundo. Así como el regreso a situaciones sociales que se creían superadas, como lo es la vuelta al ambiente de crisis de la gran depresión (1929), como bien lo señala Krugman, o la actual atmósfera creada por el ambiente de neo-guerra-fria, creada por la iniciativa norteamericana de construir un escudo protector antimisiles.

La historia contemporánea tras la Segunda Guerra Mundial, nos ofrece el mayor experimento reformista del capitalismo, la creación de una superestructura mundial política, económica, monetaria, financiera, social y cultural; a la vez que se pudo construir un aparato de estabilización nacional de índole económica y social, que permitieron el más prolongado período de auge y prosperidad a nivel mundial entre 1945 y 1970. El hecho de que esta experiencia se agotará como resultado de la aceleración de los cambios, no puede invalidarla totalmente. Todo lo contrario, el hecho de que durante este lapso se alcanzara niveles de paz social, paz laboral, elevación de los niveles de calidad trabajo y de vida; equilibrios sociopolíticos fundamentales, hace que estos años de economía mixta se conviertan en la principal referencia (o autoreferencia) para la superación de las enormes dificultades que se están acumulando de manera alarmante en este fin de siglo (dejando claro que no estamos idealizando este lapso temporal como una edad mítica sin problemas).

La búsqueda de alternativas tiene precisamente el sentido de superar la crisis del liberalismo, de las formas políticas y económicas, que describimos arriba como las formulas clásicas con las que el liberalismo histórico pudo imponerse como ideología

hegemónica, que alcanzaron su punto de mayor eficacia histórica tras la segunda postguerra, pero que hoy se encuentran retadas desde la propia realidad de las transformaciones.

Para los países periféricos, las actuales mutaciones, han constituido una realidad dramática, hasta ahora se han comportando frente a ellas de forma reactiva, aceptando las formulas que desde la globalización se han prescrito, como es el caso de los programas económicos, sociales y políticos conocidos como el “consenso de Washington”. Esta actitud, receptiva ha conducido a América Latina a una profunda crisis, que ha generado una gran incertidumbre acerca del destino de la región. Se trata entonces de que la superación del liberalismo exige un encaramiento de los problemas de la mundialización de una manera proactiva, entendiendo plenamente los riesgos y condicionantes de los cambios económicos mundiales, pero entendiendo la necesidad de abordar proactivamente esos cambios, sin evadir los tremendos problemas de exclusión, desigualdad, desempleo y pobreza, que han aflorado con fuerza en los últimos veinte años como resultado de la visión que la globalización ha impuesto como dominante. Para ello tenemos que distinguir con claridad los cambios reales que se están produciendo de las versiones ideológicas: globalización o estatismo; y diseñar un curso de acción que nos permita combatirlos y señalar aquellos aspectos que representan las aristas más oscuras de ambas visiones. Pero sin duda debemos asumir con toda decisión y firmeza la realidad de los cambios y aprovechar las oportunidades que nos ofrece, así como sumar esfuerzos para disminuir los aspectos más perjudiciales de esta nueva fase de aceleración del capitalismo, a riesgo incluso de ser acusados de un optimismo ingenuo respecto a los posibles resultados.

3.- Deslinde necesario

Se hace necesario entonces deslindar las situaciones de la mundialización de las provocadas por la visión ideológica de la globalización y el estatismo. Porque esta operación intelectual nos permitirá ubicar aquel ámbito de la situación actual sobre la cual incide y enfrentar los retos que plantean las transformaciones.

Un primer deslinde se encuentra cuando nos percatamos que las transformaciones que producen el cambio tecnológico en las relaciones de producción, por la incorporación de tecnologías de la información, las telecomunicaciones, los robots, y lo más importante la incorporación del conocimiento como un medio de producción, que es lo que verdaderamente caracteriza la sociedad de la información, el surgimiento de lo que Castells llama la Empresa Red, así como los brotes de nuevas subjetividad; son un resultado que no tiene nada que ver con la globalización (como visión ideológica) sino con la revolución tecnológica y la propia evolución social acelerada, que es un rasgo ingénito de la sociedad capitalista, de igual manera que la crisis sociopolítica que debilita el Estado de Bienestar tiene que ver tanto con este proceso de transformaciones productivas como con la propia crisis del capitalismo iniciada a comienzos de los años setenta. Revolución tecnológica, la vocación planetaria de la relaciones económicas, políticas y sociales (aunque no homogeneización cultural), transformación productiva constante, una dinámica siempre cambiante de la estructura social, son los rasgos históricos que vienen de la génesis misma del capital desde el siglo XIV, y que se confirman con el capitalismo propiamente tal en el siglo XVIII, al que podemos, para diferenciar, llamar mundialización.

Mientras lo que ha caracterizado a la globalización es una concepción totalitaria de la evolución de la sociedad de “fin de la historia” (igual que su contrario el estatismo), según la cual las tendencias señaladas definitivas como la economía de mercado, resultan del desarrollo de leyes de hierro, por ser las leyes naturales del mercado y por ello

inmodificables; *ergo* a la humanidad no le corresponde otro destino que su obediencia ineluctable. El mecanismo de regulación automática de la economía neoclásica regresa como principio inviolable de regulación social. Y esta cosmovisión no tiene nada de nueva, es la misma dinámica del capitalismo decimonónico, que condujo a dos guerras mundiales y al crack económico de 1929. Es la imposición de un principio económico único para la regulación de las sociedades, que ha tenido consecuencias trágicas. Como bien observa Touraine:

“La economía había querido dominar la sociedad y la política, pero de inmediato fue la política la que acabó por dominar la economía y la sociedad. En ambos casos, la vida social, el debate, la participación y, por tanto, la democracia, son las principales víctimas de tales circunstancias.” (Touraine, 1999: 20)

La idea suplementaria de que el Estado ha perdido toda función social y que su sola injerencia es la causante principal del mal social de nuestros días, como lo es la inflación, es de donde se concibe que el Estado debe sustraerse de intervenir en la economía, a no ser paradójicamente para garantizar el funcionamiento de la economía de mercado. Manuel Castells, entre otros ha denunciado la falsedad de este argumento, cuando sostiene:

“La economía global e informacional es, en efecto, una economía altamente politizada. El aumento de la competencia de mercado a escala global tiene lugar en condiciones de comercio gestionado. El rápido cambio tecnológico combina la innovación empresarial con las estrategias deliberadas del gobierno para respaldar la investigación y desarrollar la tecnología. Los países que caen víctimas de su propia ideología ven deteriorarse enseguida sus posiciones tecnológicas y económicas en relación con el resto. De este modo la nueva economía, basada en la reestructuración socioeconómica y la revolución tecnológica, será hasta cierto punto configurada según procesos políticos conducidos por el Estado.” (Castells, 2000: 117-118)

Los verdaderos peligros, que afronta la sociedad mundial, tiene que ver con el regreso del capitalismo en su versión *laissez faire*, en el cambio de los modos de modernización como fueron planteados anteriormente siguiendo a Touraine y que se expresa en el regreso a la inestabilidad sistémica propia de un capitalismo que reclama su no regulación, la instrumentalización del mercado mundial por parte del sector empresarial

más transnacionalizado a partir de un programa político, que se expresa en instrumentos como el Tratado Multilateral de Inversiones, impulsado por el FMI y la OMC, para otorgarle garantías y privilegios supranacionales a este sector; junto con una abierta y absoluta movilidad de capital. Manuel Castells, lo expone de la siguiente manera:

“El endurecimiento de la lógica capitalista desde la década de 1980 ha fomentado la polarización social a pesar de la mejora ocupacional. Esta tendencia no es irreversible: puede rectificarse por las políticas deliberadas dirigidas a reequilibrar la estructura social. Pero, dejadas por su cuenta, las fuerzas de la competencia sin restricciones en el paradigma informacional empujarían al empleo y la estructura social hacia la dualización. Por último, la flexibilidad de los procesos y mercado laborales inducida por la empresa red, y permitida por las tecnologías de la información, afecta profundamente a las relaciones de producción heredadas del industrialismo, introduciendo un nuevo modelo de trabajo flexible y un nuevo tipo de trabajador: el de tiempo flexible” (Castells, 2000: 294)

Y más adelante:

“Y no obstante, el proceso de transición histórica hacia la sociedad informacional y una economía global se caracteriza por el deterioro extendido de las condiciones de vida y trabajo para la clase trabajadora. Este deterioro adquiere formas diferentes en contextos distintos: ascenso del desempleo estructural en Europa; descenso de los salarios reales, desigualdades crecientes e inestabilidad laboral en los Estados Unidos; subempleo, y segmentación escalonada de la mano de obra en Japón; informalización y degradación de la mano de obra urbana de incorporación reciente en los países en vías de industrialización; y una marginación creciente de la mano de obra agrícola en las economías estancadas y subdesarrolladas. Como sostuve con anterioridad, estas tendencias no provienen de la lógica estructural del paradigma informacional, sino que son el resultado de la reestructuración actual que sufre la relación entre el capital y el trabajo, ayudada por las poderosas herramientas que proporcionan las nuevas tecnologías de la información facilitada por una nueva forma de la empresa red.” (Castells, 2000: 303)

Esto deja claro, que la combinación entre paradigma informacional y lógica capitalista, genera una serie de efectos sumamente negativos para cada tipo de sociedad, pero reafirma también que no son tendencias naturales, ni irreversibles, ni ineluctable puesto que el resultado final va a ser determinado por el estilo de modernización que termine imponiéndose definitivamente. Ahí se encuentra el núcleo más importante en la búsqueda de alternativas y le otorga sentido. Esto no es una tarea fácil en virtud de que hasta ahora el predominio político y económico lo ejercen las fuerzas globalizadoras, pero la fuerza de la circunstancia, en términos de la recurrencia de las crisis, ha de hacerse cada vez más globales gracias a una resistencia cada vez mayor de países e instituciones al

programa globalizador, generando importantes elementos para la disidencia y la crítica al neoliberalismo al cual se han incorporado importantes intelectuales, que son partidarios de la economía de mercado, como lo son: Krugman, Stiglitz, J. Sach, Heilbroner.

Tan importante como la crítica a la globalización, es la búsqueda de alternativas a través de la denuncia de aquellas actitudes políticas que se escudan en la globalización para asumir o mantener actitudes atrasadas con respecto a la nueva sociedad que surge del paradigma informacional; dado que ven todos los males provenientes de la economía moderna y obtienen así un “fundamento” para mantener o bien un estatismo primitivo o para bloquear cualquier cambio. Así como se debe ser inflexible en el cuestionamiento del programa globalizador, debemos evitar convertir la globalización (el pensamiento único) en una especie de comodín a quien responsabilizar de todos los males del planeta (contra pensamiento único). Esta actitud aunque no es exclusiva de América Latina, cuenta con un alto grado de popularidad entre sus élites, de uno y otro bando, que la usan para esconder sus incompetencias y su falta de iniciativa frente a las nuevas tareas que debemos enfrentar para la nueva industrialización. Es por ello que no podemos culpar a la globalización de nuestro fracaso para lograr el desarrollo, así como de nuestra incapacidad para la innovación tecnológica, el fracaso en materia educativa y de seguridad social, la mala gestión del Estado, el inadecuado reclutamiento de las élites políticas, la corrupción, la incapacidad para la adecuación y modernización del Estado, el fracaso en la gerencia empresarial pública, la irresponsabilidad en el manejo de la política económica. De nuevo insistimos que la nueva sociedad emergente no sólo comporta amenazas sino también oportunidades. Las llamadas naciones Dragones y Tigres asiáticos, demostraron a nuestro juicio, con puntos de partida alrededor de los años cincuenta por debajo de Latinoamérica, que era posible alcanzar exitosamente, con una política económica reformista e

independiente, altos niveles de competitividad internacional y generar las condiciones para insertarse en la sociedad de la información con ventaja; también España ofrece a nuestro países un modelo de modernización ejemplar. Sólo al costo de una continua degradación América Latina puede seguir evadiendo la tarea por la construcción de una sociedad moderna.

4.- Las Alternativas

La búsqueda exitosa de alternativas requiere abandonar la concepción de que la sociedad actual y sus cambios están gobernados por las leyes naturales de la economía y del mercado, esta es una visión atrasada e interesada políticamente, por quienes quieren imponer el programa globalizador o por quienes, oponiéndose, construyen argumentos que conduce a visiones totalitarias de signo contrario. Ni la libertad radica en la libertad de los mercados y mucho menos en la representación estatal de la libertad.

Ante los peligros inmensos que afrontan las sociedades subdesarrolladas, se debe recuperar la capacidad para la acción política, para retomar la iniciativa de cada Estado nacional para actuar en pro de la recuperación de la sociedad, para ello se debe asumir un rechazo a los dogmatismos de toda índole, de las falsas situaciones dilemáticas, que nos obligan a escoger entre el capitalismo desregulado o el estatismo despótico como únicas formulas posibles. Reivindicar el amplio espacio para la reforma económica, política y social, que logre disminuir los costos de la nueva industrialización, nos conducirían al restablecimiento de los equilibrios sociopolíticos perdidos pudiendo cerrar adecuadamente las grandes brechas sociales; precisamente el resultado de dos décadas en que hemos sido presa del fundamentalismo economicista, asumiendo acriticamente las recetas del FMI, o las formulas salvadoras del “consenso de Washington”. Por ello creemos que puede aplicarse también a nuestros países la reflexión siguiente de Touraine, cuando nos dice:

“Este análisis crítico de la idea de globalización desemboca en dos conclusiones. La primera es de tipo histórico. No hay razones para creer hoy día en la formación de una sociedad mundial que no existía ya en 1913, en vísperas de la Primera Guerra Mundial. La idea de globalización, como la mayor parte de los compuestos ideológicos, aparece ante la escena pública en el momento en que comienza a perder su utilidad real para el análisis; en particular, en el momento en que muchos países, como Francia, se habla de nuevo de producción, de intervención pública y también de igualdad y de protección social.

La segunda nos concierne más directamente. Si la idea de globalización, que se quiere el mito fundacional de la sociedad capitalista mundial, no es más que una construcción ideológica, recuperaremos, en el caso de que la hagamos estallar, la conciencias de nuestras posibilidades de actuación, de nuestras responsabilidades y de la pertinencias de nuestros debates y de la pertinencia de nuestros debates de opinión y de nuestra decisiones políticas.” (Touraine, 1999: 27-28)

La autonomía de la acción política se convierte en el fundamento del cuestionamiento por las alternativas, es la base crítica esencial en la búsqueda de alternativas. Y esto debe estar acompañado por la intervención voluntariosa y política propia de la reforma, ya que la sola crítica o actitud de denuncia por muy radical que sea sólo conduce a situaciones sin salidas, o a una violencia inocua y sin sentido. La experiencia histórica como bien plantea Touraine existe, porque no estamos viviendo ninguna situación radicalmente novedosa, porque hoy se dispone de la doble experiencia histórica: Una terrible, representada por las guerras mundiales y el crack del 29, provocadas por la ceguera dogmática de quienes se apegaron a las “leyes naturales de la economía”; y de la experiencia reformista positiva que se vivió en el período de auge entre 1945 y 1970.

Se trata entonces como conclusión de recuperar la positividad de la experiencia reformista, que sostuvo al mundo de la segunda postguerra como experiencia universal, sin idealizaciones anacrónicas, ni como gesto nostálgico. El mundo capitalista esta cambiando aceleradamente, de lo que se trata es de enfrentar el reto del cambio, o estar condenados a ser una sociedad dividida por la pobreza y la exclusión social, y recludos en un nuevo *gheto* como naciones atrasadas.

Referencias Bibliograficas

Castells, Manuel. (2000). *La era de la información economía sociedad y cultura (Tomo I)*. México: Siglo XXI.

Giddens, Anthony y Hill Hutton. (Ed.). (2000). *En el Límite, la vida en el capitalismo global*. Barcelona: Tusquet.

Mires, Fernando. (1999). *La política en tiempos de globalización*. In: Revista Nueva Sociedad (No. 163, Septiembre-Octubre). Nueva Sociedad.

Touraine, Alain. (1999) *¿Cómo salir del liberalismo?* Barcelona: Paidós.

Wallerstein, Immanuel. (1996). *Después del liberalismo*. México: Siglo XXI.